

PRECIOS

MADRID	
Tres meses..	9 rs.
Seis id.	16 »
Un año.	30 »
PROVINCIAS	
Tres meses..	10 rs.
Seis id.	18 »
Un año.	34 »

NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS.

DIRECCION,

Plaza de Matute, núm. 2.



PRECIOS

EXTRANJERO	
Tres meses..	22 rs.
Seis id.	38 »
Un año.	74 »
Francia.—Pueden hacerse las suscripciones enviando á esta Administracion el importe en sellos franceses del correo. Se suscribe en la Habana: Propaganda literaria, calle de O'Reilly, núm. 54.	
AMÉRICA	
Seis meses..	33 rs.
Un año.	70 »
FILIPINAS	
Seis meses..	60 rs.
Un año.	100 »

ADMINISTRACION,

Plaza de Matute, núm. 2.

COSAS DEL DÍA

CARTAS CASCABELERAS

DIRIGIDAS Á PERICO EL DE LOS PALOTES por un caballero particular.

Querido Perico: Tu insignificancia y tu supina ignorancia excitan grandemente mi compasion, y quiero practicar en tu favor una de las obras de misericordia, que es enseñar al que no sabe. Propóngome, pues, dirigirte todas las semanas una ó más cartas sobre lo que acontece en España, entre los politiquillos particularmente, y como lo que aquí acontece en ninguna otra parte sucede, hé aquí cómo vas á saber todo lo que hay que saber en este mundo, todo lo más raro, anómalo y extravagante, que estos caractéres revisten hace tiempo los sucesos políticos de España; así Dios me salve como que se necesita no asustarse de nada, ni preocuparse de cuanto ocurre en el teatro político, porque hay para volverse loco, y, amigo Perico, no merecen los politiquillos que ningun hombre de bien pierda el juicio por su culpa, por su culpa, por su gravísima culpa.

Vamos á ver: ¿cuáles son los méritos que te parece á ti deben tenerse presentes para hacer á un hombre mi-

nistro, director de un ramo, para encargarle de un empleo que necesite conocimientos especialísimos de administracion, de legislacion, de diplomacia, etc. etc.?... Ya me parece que te oigo decir que la experiencia, el estudio profundo, la publicacion de obras de gran valor, la aptitud probada, deben ser los méritos que se tengan en cuenta para elevar á una persona á los primeros puestos del Estado; pero eso lo dirás porque eres un gran ignorante, un tonto de capirote, que ni sabes lo que es política radical, ni mereces siquiera conocer á Ruiz Zorrilla, ni en tu vida podrás comprender á Salmeron, ni mereces oír una arenga de Becerra, ni que te den una cruz por mediacion de la acreditada agencia, cuya circular debes haber recibido.

Si tú leyeras periódicos políticos verías que no son esos méritos más que para morir de hambre ó para vivir oscuramente, siendo siempre un *quidam*, en quien nadie repara y á quien ni siquiera saludan las lumbreras de la política. Estos días, precisamente, algunos papeles ponian en duda los merecimientos de cierto prohombre, ú hombre de pró, que ha subido á alto puesto, y en seguida haa salido otros papeles diciendo: «¡Alto ahí! Poco á poco, que ese gran personaje á quien negais méritos y talla política, tiene estos méritos, que os recordamos para que

hundais, llenos de confusion, en el polvo vuestro frente: ese hombre, cuyos méritos os atreveis á dudar, ha conspirado en favor del partido progresista desde tal fecha; en tal año fué á Valencia con una comision del general Tal; luego vino á Madrid y vió á otro que tal general, que estaba en connivencia con el partido; despues estuvo en Córdoba, luego fué á Sevilla, de Sevilla fué á Cádiz; él llevó instrucciones para el coronel de tal regimiento que fué uno de los que se sublevaron; él escribió cartas á los fautores de la revolucion; él estuvo expuesto á que el gobierno le llevase á la cárcel, pero no le llevó; luego estuvo emigrado, despues se dejó la barba, y vino á Madrid á avistarse con el general citado; este general le envió con un recado á otro general, y de parte de los dos generales fué á ver á un brigadier que le proporcionó hablar con un coronel, el cual le envió con el teniente coronel á explorar la voluntad de un capitán influyente en el batallon... En fin, sería interminable referir todos los servicios (!) que ese grande hombre ha hecho al país; merecedor es del alto puesto que ocupa, por su historia revolucionaria, y como ejemplo de conspiradores desinteresados debemos presentarle á las edades pasadas, presentes y futuras.»

Esto, en mejores y más radicales términos, dicen los

— 260 —

—Vamos, señor marques, pensad bien lo que haceis, no vayan á decir que cedéis á las amenazas de Julia.

—Mi tío está muy malo, quizás muera esta noche, y entonces, volveré bien pronto al castillo, y ya no me alejaré más de Blanca, ni escucharé más que mi amor...

Desde que el barbero supo que el marques sospechaba de dónde venia toda su fortuna, comprendió que su mayor interes consistia en perder á Blanca, pues si Villebelle entraba por la senda del honor, Touquet no se consideraba muy seguro.

Como el marques suponía, su tío murió aquella misma noche, dejándole por heredero de inmensas riquezas.

Ocho días fueron suficientes al marques para arreglar todos sus asuntos, y al cabo de este tiempo se preparó para volver cerca de Blanca, á la cual llevaba infinidad de regalos, que fueron cuidadosamente colocados en el coche de viaje.

Chaudoreille, que seguía observando el palacio, se aperció de los preparativos de marcha, y corrió á prevenir á Julia.

—Perfectamente, dijo Julia, tenia previsto ese caso, y tengo comprados dos magníficos caballos. Tú vendrás conmigo...

—Aunque sea al fin del mundo.

—No creo que iremos muy lejos. No haremos más que seguir el coche del marques.

—Comprendo.

—¿Sabes tú montar á caballo?

—Perfectamente... sin embargo... preferiria un borrico... tiene el trote más suave.

—¡Imbécil!... ¡quieres seguir montado en un borrico una silla de posta!... Haz todos tus preparativos de marcha.

—Ya están hechos... todo mi equipaje lo llevo encima... en cuanto á dinero, ayer por la noche tuve una suerte maldita mientras que me relevábais de mi centinela cerca del palacio... No estuve más que cinco minutos, y me quedé con los bolsillos completamente limpios... pero cómo ha de ser! digamos como Francisco I: todo se ha perdido menos el honor.

Mientras que Chaudoreille hablaba, Julia se puso una ancha capa, y á las siete de la noche caminaba detras del coche del marques, que se dirigia á Sarcus, bien ageno de que le seguian Julia y Chaudoreille.



— 257 —

—¡Oh! ¡te sorprende eso! ¡creias que yo no conocia á esa jóven! ¡te figurabas que el marques podria abandonarse á su nueva pasion sin que yo lo supiera... sin que llegara á saber que seguías siendo el confidente de sus amores!...

El furor se retrató en el rostro del barbero, que respondió á Julia:

—Los celos os turban la razon, señora; si vuestro amante os abandona, ¿tengo yo acaso la culpa?... ¿De dónde habeis sacado que el marques es el raptor de Blanca, cuando nunca la ha visto?...

—Tus mentiras son inútiles... sé mucho más que lo que tú crees... Si ves ántes que yo al marques, dile que trate de unir á Blanca y á Urbano, pues si por tus pérfidos consejos llega á ser culpable, será el primero que castigue tu crimen... En cuanto á mí, ya me volverás á ver, porque tengo un secreto tuyo que he de descubrir.

Y al decir estas palabras, se dirigió Julia hácia la puerta; el barbero hizo un movimiento para detenerla, pero la jóven se volvió, y en su mano se vió brillar un puñal. Despues lanzó sobre Touquet una mirada terrible, y abandonó rápidamente la casa del barbero.

Toda la noche estuvo leyendo los papeles que contenia la cartera. Al ser de día sonó la campanilla de la casa, y Chaudoreille penetró en la habitacion.

—Gracias á mis cuidados, dijo el gascon con aire satisfecho, puedo traer al fin la noticia de que esta mañana ha vuelto el marques á su palacio.

Al cabo de un momento se separó nuestro caballero de Julia, y esta se dirigió á su tocador. Despues de haberse mirado repetidas veces al espejo, se hizo conducir en una silla de manos á la morada del marques, pero Villebelle no quiso recibirla, y la hermosa italiana abandonó, llena de furor, el palacio.

Cuando llegó á su casa cogió la pluma y escribió al marqués la siguiente carta:

«No habeis querido verme, y sin embargo, depende de mí el haceros el más feliz ó el más desgraciado de los hombres. Ya sé que vos sois el raptor de Blanca; respetad á esa jóven. Haced lo que os digo; todavía puedo perdonaros, pero quizás dentro de algunos instantes no escucharé más que mi furor.»

Despues de concluir esta carta, se la envió al marques por medio de un hombre de confianza, y esperó la contestacion con la mayor impaciencia.

periódicos defensores del prohombre, llenos de santa indignación, á los que se han atrevido á decir que no le consideraban con suficientes méritos.

Aprende, pues, ¡oh, Perico! que ya en este país no hay otros méritos dignos de premio que conspirar, promover sublevaciones, secundar los planes de los ambiciosos, procurar que se arme jaleo, conquistar sargentos, ir de aquí para allí á preparar asonadas, asistir á batallas de Alcolea, donde se matan los hermanos y se hace de multitud de cadáveres de infelices hijos del pueblo escalera del poder. Atrás los sabios, los estadistas eminentes, las glorias del foro y las academias, los grandes filósofos, los autores insignes, los profundos políticos, los ancianos de acrisolada virtud y notables méritos científicos y literarios... ¿qué habeis hecho vosotros?... ¿en qué pronunciamiento habeis intervenido?... ¿cuántas cartas de unos generales á otros habeis llevado?... en fin, ¿qué diablos sabeis con saber historia, idiomas, ciencias, literatura?... ¡Fuera pigmeos! ¡vosotros podiais ser hombres grandes en tiempos del oscurantismo! ¡ahora lo somos nosotros, los conspiradores, los seductores de sargentos primeros y segundos, los bullangueros!...

¿Tú no sabias esto, pobre Perico? Pues ya lo sabes. Sólo Ruiz Zorrilla es grande y Rivero es su profeta.

Y á propósito: sabrás como el domingo celebraron los radicales una reunion en el circo de caballos, que recordó aquellas otras celebradas reinando Doña Isabel II, y que tan pronunciado carácter tenían de amenaza. La reunion del otro día tenia tambien algo de este carácter, por más que se manifestaron los señores mu y dinásticos, pero, lo que yo digo, que no los llamen en un par de años siquiera y á ver lo que les parece la bromita. Allí hablaron largo y tendido los primeros espadas, allí Figuerola, el gran ministro de Hacienda que tan bien lo ha hecho, que nos ha echado encima una deuda que no se pagará nunca, el gran protector de las clases pasivas, á quienes ha hecho ganar el cielo por medio del martirio, dijo que la libertad estaba en peligro, es claro, como que él no es ministro, bien que cobra 40.000 realitos de cesantía; allí habló Rivero, allí habló Ruiz Zorrilla, y dijo que ellos querian el poder, ¡ya lo creo! ¡no han querido nunca otra cosa! y acabó la funcion con la pantomima de siempre, es decir, con enviar un telegrama al señor Espartero, diciéndole que le habian nombrado presidente honorario del comité, con lo cual es seguro que el buen D. Baldo-

mero habrá dicho: Y á mí, ¿qué?... Allí se habló del gaban de Malcampo; allí Martos se quitó el sombrero para saludar al pueblo soberano, y se le volvió á poner obedeciendo sumiso al soberano pueblo (¡qué fino! ¡qué atento! ¡qué buena educacion!); allí se dijeron horrores del gobierno nombrado por la corona, y, en fin, allí no se dijo, pero se dió á entender bien claramente, lo siguiente:

«¡Alto! Si nos llamas seremos amigos, pero si no... puntos suspensivos.»

Perico, se me olvidaba decirte que allí, con Ruiz Zorrilla, con Martos, con Becerra, estaba el señor general, Excmo. Sr. general, Córdova. Siento que se haya muerto Narvaez, porque se le habrian ocurrido muy buenas cosas, viendo allí á su amigo y compañero.

Adios, amigo Perico; ya te contaré los sucesos que vayan viniendo, que presumo serán curiosos y hasta divertidos. Da muchas expresiones de mi parte al Oiro, á Calleja, á Cachano el de las dos tejas, al licenciado Vidriera, á Ambrosio á Juan de las Viñas, á Picio, al Bobo de Coria, al perro del tío Alegria, á Pateta, á Villadiago, al Tío vivo, al tío Paco, y á todos los tios de tu dilatada y popular familia, tan apreciable por lo modesta y pacífica.

LOS CLUBS DE PARIS.

Como aqui somos tan aficionados á todo lo que sea jaleo, y los señores republicanos, y aun algunos que son ó se llaman monárquicos, no están contentos si no imitan lo mejor que pueden todos los actos de los revolucionarios franceses, se nos ha ocurrido contarles lo que pasaba en los clubs de París durante el primer sitio, á fin de que tengan modelos que copiar en sus famosas reuniones.

Un escritor francés, Mr. Molinari, ha publicado un excelente libro en que reseña todas las sesiones á que tuvo la paciencia de asistir; á ese libro, titulado *Los clubs rojos durante el sitio de París*, debemos los datos que nos sirven para este artículo.

Los clubs tenían verdaderos empresarios, que tomaban un local á propósito, lo amueblaban como podian, colocaban en el fondo del salon un estrado, donde se sentaban los oradores, organizadores y demas gente ordinaria, y como allí se dijeran muchas atrocidades, la con-

currencia era numerosa y el ingreso respetable. Porque hay que advertir que en los clubs de París no se entraba gratis, si no por cuanto vos contribuisteis.

Cuando algun hombre sensato subia á la tribuna de un club rojo y decia algo que tenia sentido comun, al momento se veia interrumpido por el *respectable* público, que le silbaba, le llamaba *espía prusiano* y acababa por echarle á la calle, pudiéndose dar por muy contento si no le daban algun palo para memoria.

Generalmente el primer escándalo se verificaba al elegir la mesa, porque solia suceder que alguno de los elegidos decia que no queria sentarse al lado de uno de sus colegas, porque estaba vendido á la reaccion. El *reaccionario* alegaba que el otro habia pertenecido á la policia de Bonaparte; el rojo llamaba á su contrincante *bribon*; el reaccionario contestaba al rojo llamándole *polizonte* y acababan por tirarse las sillas á la cabeza, ó por sentarse en ellas, abriendo la sesion con el imprescindible grito de *¡Viva la Commune!*

Comenzaba la sesion por el capítulo de las denuncias, y allí se denunciaba á todo bicho viviente.

Una de las más célebres fué la de Barberet, administrador del periódico *La Marsellesa*, el cual acusó á otro patriota llamado Millière, que era uno de los gerentes del citado diario, de haberse comido los fondos que habia en caja. Millière se excusó con Rochefort, Barberet acusaba á Millière, el club no pudo averiguar si el culpable era Millière ó Barberet ó Rochefort, pero á nadie quedó duda de que los cuartos habian volado.

Luego de las denuncias seguian las invenciones, y no habia sesion en que no se presentaran los autores de las máquinas más estupendas, destinadas á acabar con todos los prusianos en un abrir y cerrar de ojos.

Uno pretendia haber encontrado el secreto del fuego griego, con el cual pensaba achicharrar á todos los alemanes habidos y por haber; otro explicaba el mecanismo de un espejo que, recogiendo en un punto todos los rayos solares y dirigiéndolos á donde el que lo manejara tuviera por conveniente, abrasaria á un ejército, como si fuera de yesca. Pero el que tuvo más gracia de todos, fué uno que se presentó con una bomba, diciendo: «Ciudadanos, ¿veis esta bomba tan pequeña? Pues es el aparato más formidable que se ha conocido. Un niño puede manejarla, y sus efectos son tales, que si ahora se me cayera al suelo volaria esta casa y todos los que estamos en ella.»

Por fin, llegó el mensajero con la respuesta del marques; Julia la cogió, y leyó con avidez lo que sigue:

«Mi querida Julia: Vuestra carta me ha hecho reir mucho; nada me parece tan gracioso como las mujeres que nos amenazan con su furor; vosotras no teneis más que una venganza á vuestra disposicion... que es el engañarnos... y esa la usais bien á menudo... Sin embargo, para que sea una verdadera venganza, es menester que nosotros os amemos, pues sino no tiene gracia ninguna. Vuestro reinado ha pasado, querida amiga, y creo que no habriais soñado cautivar por mucho tiempo al marques de Villebelle. Adjunto os envío un vale contra mi banquero, como saldo de cuentas. Ignoro quien os haya podido decir que he robado á una jóven que se llama Blanca. Creo que eso no os debe importar nada absolutamente, y que yo soy muy dueño de robar todas las mujeres que se me antoje. No os volvais á ocupar de mis acciones, y no os tomeis el trabajo de volverme á escribir, porque os devolveré todas vuestras cartas sin abrirlas. Adios, mala cabeza. Os deseo un amante fiel y constante, puesto que tan aficionada sois á la fidelidad y á la constancia.»

Julia se quedó inmóvil; tenia la carta entre sus manos, pero no la veia; un solo pensamiento la ocupaba; la venganza.

—Tú lo has querido, pues sea, dijo al fin la jóven.

Al marques le sorprendió mucho que Julia supiera que habia robado á Blanca; y cuando fué de noche, se envolvió en su capa y se dirigió á la casa del barbero.

Touquet vino á abrir la puerta, porque los acontecimientos de la víspera y el terror que habia experimentado habian hecho tal impresion en la vieja Margarita, que no estaba en disposicion de salir de su alcoba.

—¿Vos aquí, señor? dijo el barbero al marques con sorpresa; es creia en vuestro nuevo castillo, todo entregado á vuestro amor. ¿Habreis quizás olvidado ya á Blanca?

—¡Olvidarla! ¡ah, no! ¡la amo más que nunca!... pero me he visto precisado á venir á París por algunos días; sin embargo, espero volver bien pronto á Sarcus. Cada instante que paso lejos de Blanca me parece un siglo. Sin embargo, no he triunfado todavía... y el recuerdo de Urbano... Pero hablemos de lo que me ha traído aqui. ¿Cómo sabe Julia que he robado á Blanca? ¿Cómo la conoce, cuando la guardabas tú con tanto cuidado?

—Estoy tan sorprendido como vos, señor marques; esa jóven ha tenido la audacia de introducirse anoche en mi casa; segun me ha dicho Margarita, se presentó como si viniera á darle noticias de Blanca, pero en realidad para recoger detalles de su desaparicion.

—Tambien ha ido á mi palacio, me he negado á recibirla, y entonces me ha escrito amenazándome. Mi suerte está, segun me dice, entre sus manos. Ya debes suponer que me habré reido de sus amenazas, inspiradas por los celos; sin embargo, me parece que aqui hay una cosa extraña que no comprendo.

—Esperad, señor marques; ¿quién es el que os dijo que yo tenia en mi casa una jóven hermosa?...

—¡Diablo!... ¡me haces sospechar!... fué un ente original... un hombrecillo que encontré oculto debajo de una estatua en mi casa del barrio de San Antonio, y el cual pretendia haberte ayudado en el rapto de Julia.

—¿Chaudoreille?

—¡El mismo!

—Debia habérmelo figurado; no hay que dudar que ese es el que ha dicho á Julia que habiais robado á Blanca, y si conoce á Urbano, es posible que tambien se lo haya dicho.

—¡Ah! ¡bribon! pues yo le pagué bastante bien.

—No importa; despues de haber sido la causa del robo, hará ahora todo lo que pueda porque se la encuentre.

—A fe mia que no es tan tonto como parece... Pero si lo encuentras te lo recomiendo... Haz que le peguen una buena paliza...

—No tengais cuidado...

—Ademas, hagan lo que hagan, no podrán arrancar á Blanca de mis manos. ¡Esa hermosa niña tiene más poder que todos ellos! ¡Una sola de sus lágrimas podria cambiar mi resolucion por completo! ¡Cuando veo sus hermosos ojos volverse hácia mí y mirarme con aire suplicante, estoy algunas veces á punto de sacrificar mi amor, y entregársela al hombre que ama, á fin de conseguir aunque no sea más que su amistad!

—¡Oh! ¡qué locura! Teneis á Blanca en vuestro poder, é iriais á entregársela...

—¡No, no, no puede ser, es menester que me pertenezca!... separarme de ella seria imposible... además, ella misma me ha dicho que quizás me llegue á amar.

«Ruego al orador que se marche á otra parte con su bomba», dijo interrumpiéndole el presidente; y la concurrencia no recobró su calma hasta que vió ejecutada aquella prudentísima orden.

En la sesión celebrada en uno de los clubs de Belleville el 19 de Noviembre, un ciudadano se felicitaba de que no hubiera triunfado el motin de 31 de Octubre: «Eramos aún demasiado blandos, decía, y demasiado confiados: no hubiéramos hecho lo que debíamos; ahora lo haremos. Lo que nos hace falta es un 93. Pues bien: el 93 volverá, estád seguros, ciudadanos; nosotros encontraremos nuevos Robespierre y nuevos Marat.»

Enseguida subia otro energúmeno á la tribuna, y decía:

—Pido que se condene á muerte á Bazaine.

—Sí, sí, gritaba la concurrencia.

—Condenemos también á Canrobert.

—También.

—Y á todos los generales.

—A todos.

—Y á Dios, porque aunque yo no creo que exista, le odio por si acaso.

—¡Bravo, bravo! gritaban los oyentes; y el orador, pasando á ocuparse en una cuestión más práctica, exclamaba bruscamente, dirigiéndose á la parte femenina del público:

—Ciudadanas, ¿quereis patatas?

—Sí, sí, gritaban todas las mujeres, con tanto más afán cuanto que la escasez se hacia sentir en París bastante.

—Pues bien: no teneis más que darme un sueldo cada una.

—¡Farsante! ¡Bribon! ¡Canalla!

—Me explicaré. (¡No, no! ¡Fuera!) Con esos sueldos haré imprimir carteles citando á la guardia nacional para una manifestación. Iremos todos al Hotel de Ville, y exigiremos al gobierno que reparta *gratis* entre la población las existencias que hay en sus almacenes.

El público prefirió guardar sus sueldos, y aquel enemigo de Dios, de Bazaine y de las patatas del gobierno, tuvo que bajar de la tribuna.

Otro decía que deseaba que triunfara Prusia, porque así el rey Guillermo se haría señor de toda Europa, y como él pensaba darle de puñaladas, nos haría á todos felices.

Uno que llamaba á los prusianos *viles insulares* y se empeñaba en que Nicolás I era todavía emperador de Rusia, decía:

—El gobierno de la defensa nacional se ha propuesto matar de hambre y sed á los ciudadanos. ¿Quereis un ejemplo? Yo antes bebía todas las mañanas dos copas de aguardiente, y ahora con la carestía no puedo beber más que una. ¿Se quiere más prueba de que Trochú es un traidor y un jesuita?

En otro club en que se trataba de elecciones y se examinaban los candidatos para la alcaldía de distrito, decía uno:

—Estamos enervados: necesitamos hombres como los del 93 para que se fortalezcan nuestros corazones; necesitamos hombres como Marat, Danton y Robespierre. (¡Sí, sí! Aplausos.) Pero cuando pronunciamos estos nombres los reaccionarios se atreven á decir que pedimos la guillotina. (Protestas y negaciones.) Así asustan á los ignorantes que no han leído la historia de nuestra gran revolución y mueven á los campesinos contra nosotros. Pero nosotros no debemos olvidar que el mundo nos mira. *El barrio de Belleville salvará á Europa.* Pero en Belleville hace falta un hombre, un hombre como los del 93: ese hombre es Blanqui; Blanqui, el incorruptible, Blanqui, el terror de los tiranos. (Doble salva de aplausos.)

—Ayer se echó en cara á Blanqui haber pasado toda su vida conspirando, dijo un ciudadano de barba gris que se había lanzado á la tribuna, pero ¿no es este el mejor título que se puede invocar en su favor? Yo también he conspirado desde hace veintiseis años y conspiraré toda mi vida. (Risas, exclamaciones. El público parece desear una explicación que el orador se apresura á dar.) Me explicaré. Todos los gobiernos han rehusado al pueblo lo que pedía: luego era necesario conspirar para conquistar los derechos del pueblo. Ahora yo supongo que hoy se le concede todo lo que pide; mañana pedirá otra cosa, porque las necesidades no se acaban nunca; luego sus amigos tendremos que conspirar mañana, como conspirábamos ayer y como conspiramos hoy.

—¿Creen nuestros lectores que el público envió á una casa de locos á este conspirador eterno y sempiterno? Pues nada de eso. Sus palabras fueron muy aplaudidas.

No hay que hablar del odio que en todos los clubs había á todas las religiones, y especialmente á la católica.

En uno se pedía que se obligara á todos los sacerdotes á alistarse en el ejército; pero un ciudadano se contentaba con hacer soldados á los seminaristas, porque, según decía, «Los curas ejercen una gran influencia sobre la turba ignorante, y no se debe olvidar que esta turba ignorante se compone aún de más de treinta millones de franceses.»

Hablando del bombardeo, exclamaba un patriota:

—¿Qué tenemos nosotros que temer de las bombas? Se dice que incendiarán los monumentos de arte, los museos y las iglesias. Ciudadanos, la república es antes que las artes. Los artistas han sido corrompidos por el despotismo. Que se quemel Louvre con los cuadros de Rubens y de Miguel Angel, yo me consolaré; y si se queman las iglesias, aún me consolaré más fácilmente. Yo vería sin pestañear desplomarse las torres de Nuestra Señora. No seré yo quien dé dinero para levantarlas.

Allí se decía que la disciplina era un mal, y que para que el ejército venciera no había más que dejar á cada soldado hacer lo que le diera gana.

Los enemigos de la propiedad se despachaban á su gusto.

Un orador pedía que se declarara que nadie tenía obligación de pagar al casero, y otro añadía que los caseros eran los que debían pagar á los inquilinos, porque les conservaban las casas, viviendo en ellas.

Hubo guardia nacional que dijo que cuando él estuviera de servicio, lejos de oponerse á que los pobres robaran, les ayudaría, porque *el robo es la reivindicación del derecho.*

Uno se indignaba contra el gobierno porque no decretaba la victoria, como si los cañones prusianos hicieran mucho caso de decretos. Otro proponía que se creara un cuerpo llamado *Legion del silencio*, compuesto de guardias nacionales que debían llevar cada uno un puñal. Cuando se hicieran salidas, detrás de cada soldado iría un guardia nacional de dicha legion, encargado de matar al soldado si retrocedía. Al lado de cada general deberían ir dos esbirros con revólver, para levantarle la tapa de los sesos cuando les pareciera que no procedía bien.

Nos parece que no se hubieran encontrado muchos que quisieran ser generales con estas condiciones.

El castigo de los traidores, y en los clubs llamaban traidor á todo el que no aplaudía sus disparates, era la muerte; pero no así como se quiera, sino aplicada *antes de que la idea de la traición surgiera en su mente.* Así lo propuso un ciudadano.

En una reunión electoral se rechazó la candidatura de Víctor Hugo para la Asamblea nacional, porque, según dijo un orador, habiendo llegado el tiempo de proclamar *la igualdad de la inteligencia*, Víctor Hugo era un aristócrata.

Aquel quería elegir un diputado bien borrico, para que estuviera á su altura.

Un joven exclamaba con vehemencia: «El orden nos ha perdido: sólo la anarquía puede salvarnos.»

No queremos copiar más disparates. Tal vez nuestros lectores crean que exageramos. Si nos decidimos á traducir el libro titulado *Los clubs rojos de París*, en que se hallan las reseñas de muchas sesiones, verán que todavía nos hemos quedado cortos.

Y esos clubs, y esas ideas propias de locos rematados, y esos horrores son los que quieren imitar aquí los libre-pensadores, digo, pensadores.

¡EN EL SITIO!...

NOVELA

ORIGINAL DE...

(Continuación.)

—Pues si está ahí... junto al balcon.

—¿Cómo? ¿el de la barba negra?...

—Sí, señor. Se la ha puesto porque dice que tratan de matarle...

—Por algo será, señora, continuó Patricio dirigiéndose al balcon.

—¿Hola? ¿Es V.?... dijo el conde, saliendo de su meditación.

—Sí, señor; en vano ha procurado V. huir de mis iras disfrazándose ridículamente.

—¡Yo!...

—Usted. ¿Pues por quién he venido yo á esta casa? Se

ha retirado V. á este rincón creyendo que yo no le reconocería. Todo es inútil. Está V. en mis manos y es preciso que lave con su sangre mi ofensa.

—Pero ¿qué ofensa?...

—¿Cómo! ¿aún tratas de negar, farsante?... ¿Aún dirás que no persigues á mi mujer?...

—Pues es claro que lo digo.

—Calla, calla, si no quieres que te arroje á la calle por este balcon.

—Pero, tocayo, V. padece un error. Yo no he pretendido nunca...

—No me sulfures más, marica, ó te ahogo aquí mismo. Tengo pruebas, añadió Patricio, agarrando al conde por el cuello y dándole varias sacudidas.

—¡Socorro! ¡socorro! exclamó el conde, refugiándose al lado de Doña Clara.

—¿Pero qué ocurre? preguntaron todos.

—Que ese amigo mio, balbuceó el conde, se empeña en que yo le hago el amor á su mujer.

—¿A Felipa? dijo asombrada Doña Clara.

—Ya vé V. Si es *monominateco* mi marido.

—Pero eso no es posible, Patricio.

—Tengo pruebas. Me lo han avisado. Ya vé V. si se sabrá. Lo he encontrado en nuestro cuarto la noche que vinimos... ¿qué más?

—Todo eso puede ser casual. Mire V. que los celos sin fundamento son ridículos y ofensivos.

—No, si yo no dudo de Felipa. Me inclino á creer que es honrada, pero ese villano que se fingia mi amigo...

—Y cree V. que á su edad...

—Lo creo todo; llámenme Vds. celoso, y ridiculo, y todo lo que Vds. quieran, pero ya está dado el escándalo y ahora ménos que nunca renuncio á la idea de batirme con ese miserable.

—¡Un duelo!

—Sí, y á muerte.

—Por Dios, Patricio, por una bagatela...

—Eso digo yo, se atrevió á balbucear el conde.

—No me haga V. creer que es tan cobarde como vil.

—¿De manera que no hay remedio? continuó el conde, á quien se le cayó la barba en uno de sus estremecimientos.

—Creo que no debe V. demostrar miedo, le dijo Tenerife al oído.

—¡Patricio, por Dios! exclamó Felipa, cogiendo á su marido por un brazo; mira que es una tontería tuya y que te puede suicidar el conde... No te precipites.

—Déjame tú, que ya sé lo que hago.

—Pero, ¿qué pasa aquí? dijo, abriendo los ojos, la mujer de Tenerife. Es mucho cuento que nunca la han de dejar á una descansar.

—Mañana al amanecer, continuó Patricio dirigiéndose al conde, le espero á V. en la *Boca del asno*, á una legua de este Sitio. ¿Quiere alguno de Vds. ser mi padrino?

—Yo lo seré con mucho gusto, respondió Manuel.

—Mil gracias.

—Manuel... ¿qué dices? interrumpió Emilia.

—Cállate; ya ves que sin haber tenido que decir una palabra todo se arregla á pedir de boca, y el conde no nos molestará más.

—Pero si hay una desgracia...

—No temas. Yo me encargo de que no corra la sangre, de que sólo sea el conde el que corra.

—Yo puedo ser padrino de V., señor conde, dijo Tenerife.

—Pero, hombre, si yo no quiero batirme.

—Es preciso. Está comprometido el honor de una señora. Yo me encargaré de arreglar las condiciones con Manuel.

—Procure V., pues, que sea á mucha distancia uno de otro y con perdigones si es posible.

—Lo dicho, señor conde. Vámonos, Felipa, añadió Patricio, marchándose con su mujer, despues de dar á Manuel las señas de su casa.

—Que me traigan un vasito de agua de hierro, dijo la mujer de Tenerife. Es un antojo... un antojo.

—¡Hierro! exclamó el conde. ¡La palabra que me anunciaban en el anónimo como señal de mi muerte!

Y cayó desmayado en una butaca.

Todos le rodearon, y Doña Clara le hizo oler un frasco de vinagre.

—Ya ves quién es el conde, Clarita, dijo Tenerife; ya ves qué hombre tan excelente querias dar á tu hija por marido.

—Cuanto más lo veo, ménos lo creo. ¡Perseguir á Felipa!

—Y lleno de deudas, y viejo y cobarde. ¡Es una alhaja!

—Sin embargo, aún no acabo de convencerme.
 —Me siento mal, dijo el conde volviendo en sí; me retiro, con permiso de Vds. No crea V. nada de lo que ha oído, Doña Clara. Yo me justificaré. Esta tarde no estoy para nada. Emilia no ha querido hablarme, el señor me enseña unos créditos que quiere cobrar enseguida, el otro me desafia. Por fuerza me persigue la fatalidad. Adios, Doña Clara, adios; necesito retirarme.

(Se continuará.)

CASCABELES

Los progresistas de la situación están muy contentos porque los convidan á comer en Palacio.

Se conoce que los conoce el que ha dispuesto estos convites.

Sin embargo, segun dicen las personas que lo saben, ya hay progresistas y cimbras antidinásticos, por mor de la jugarreta de la suspension de Córtes.

Crean Vds. que Vds. y yo debemos cuidarnos mucho para vivir unos cuantos años y poder ver las cosas que han de hacer todavía estos revolucionarios. Es un espectáculo que no debe perderse.

Pregunta:

¿De quién serán dinásticos el año 1874 Ruiz Zorrilla, Martos, Rivero y toda la gente que espera el advenimiento de estos señores, si estos señoritos no fueran llamados á ser poder en todo ese tiempo?...

¡Ah! si eso sucediera, crean Vds. que yo me divertiría mucho.

Repito que es preciso cuidarse para vivir y ver lo que aquí va á pasar si se disgustan un poco más las eminencias radicales.

Tambien este gobierno da cruces á porrillo.

Pero, señor, ¡que esté el pais tan perdido, habiendo tantas eminencias que merecen tantos premios!...

A no ser que los premios se den sin merecerlos...

Pues eso es; no habia yo caído en ello.

Continuamos los consejos saludables para los polítilos convidados á comer los viérnes:

No os limpieis el hocico con una miga y os la comais despues.

No tireis con disimulo los huesos de aceituna debajo de vuestro asiento, porque se conocerá quién ha sido el que los ha tirado; procurad tirarlos debajo del asiento de otro.

Si se os atraviesa una espina, no os metais los dedos en la boca para sacarla.

No estornudeis sobre el plato con la boca llena de macarrones.

No os soneis con estrépito, mirando despues con curiosidad el pañuelo.

Si os dan queso helado ó sorbete, no sopleis, y ménos empujeis con el dedo el trocito que cogéis en la cucharilla.

Si habláis, no digais *camelo, guasa, naide, bujero, tretulia*, y otras palabras democrático-bárbaro-radicales.

Si veis por casualidad un pelo en la sopa, no lo saqueis colgando en el tenedor y enseñándoselo á los presentes.

Si os sirven un guiso que no conozcais y no podais adivinar lo que es, no se lo preguntéis á nadie.

Si os quemais, no digais ¡cuerno! ú otra cosa peor.

Si Becerra un día regala unas ostras gallegas y os las sirven en la comida, no os comais más que lo contenido en la concha, pero guardaos de hincar el diente á la concha, porque eso no se come.

Cuando el eriado os sirva los postres, no vayais á preguntarle al oído si hay queso manchego ó castañas pilongas.

Dice *El Tiempo* que el gobierno no tiene dinero.

Ande V., que para pagar á los ministros y á toda la falange de altos empleados no le falta.

Las demas obligaciones importan poco.

Ya saben Vds. que hay una agencia que proporciona cruces por tanto más cuanto, y que dirige circulares á los que considera bastante necios para caer en la tentación, con los precios, etc., etc.

De manera que cuando lean Vds. que á alguno le han dado una cruz, pueden Vds. pensar filosóficamente:

¿Si la habrá comprado en la agencia?...
 Tengo orgullo en no tener yo una cruz.
 ¡Ay! si que la tengo, como España entera; tengo encima la cruz de los progresistas.

En la calle del Amor de Dios, 6, ha abierto el Sr. Pajares un establecimiento de litografía, donde hace todos los trabajos del arte con la perfeccion más esquisita. El señor Pajares, por su laboriosidad y habilidad en su honrosa profesion, es digno de que el público le favorezca.

En la calle de la Montera, 28, principal, se ha establecido una academia para las señoritas que quieran dedicarse á la profesion de maestras y no puedan acudir á la Escuela Normal. Tambien hay una clase gratuita para las jóvenes faltas de recursos.

Recomendamos mucho esta academia á las que quieran consagrarse á la enseñanza.

El acreditado editor D. Carlos Bailly-Bailliére, acaba de dar á luz la primera parte del primer tomo de las *Lecciones de Clínica médica de R. J. Graves*, precedida de una introduccion del profesor Trousseau, traducida al francés por el Dr. Jaccoud, y vertida al castellano por D. Pablo Leon y Luque.

Nombrar sólo al profesor de Dublin R. J. Graves, es suficiente para comprender que la obra es de gran mérito y digna de figurar en la librería de todo médico instruido. Esta obra ha sido perfectamente traducida por nuestro amigo D. Pablo Leon y Luque.

Lástima es que en esta *Clínica médica*, no se dé ningún remedio para curar al pais de la raquitis, digo, *radicatilis* aguda que le está dejando en pelo.

Viene el tiempo de hacer un obsequio á los niños y á las niñas, y ninguno mejor les pueden hacer los padres que una suscripcion al periódico *Los Niños*, que regala á los que se suscriban el *Almanaque* más rico y elegante que se ha publicado en España.

Véase el anuncio.

Ya tenemos nuevo director de Correos; lo que no tenemos es noticia alguna de á dónde han ido dos paquetes de pliegos de *Los Niños*, que, certificados, y dirigidos á Barcelona, pusimos en el correo el 29 de Mayo último.

Es una vergüenza que así se sirva al público, y una triste gracia que hayamos perdido, además del porte, los 600 rs. que valian dichos paquetes, puesto que nos han dejado incompletos veinte tomos.

Pero en tiempos progresistas sucede esto y mucho más.

El médico de Almendros ha tenido que retirarse y renunciar á aquella ganga, porque se le debian dos anualidades.

Eso le sucede por inocente; hubiérase dedicado á polítilo, y á estas horas, si no era ministro director, ó embajador le faltaria poco.

«ALTO, SOLTEROS!

¡Mucho ojo!

que pronto van á publicarse los CUENTOS DE SALON.»

Así dice un cartel en las esquinas.

Se conoce que la cosa va con los solteros. Acaso se tratará de casarlos á todos. Entónces, las mujeres van á devorar mil ediciones de esos cuentos.

Estamos imprimiendo ya el primer cuaderno de *Cosas del año*, que regalaremos á todos nuestros suscritores. Este libro de las *Cosas del año 1872*, será sumamente curioso é interesante para toda clase de personas.

Suplicamos á los suscritores que terminan su abono en este mes ó el próximo, lo renueven con tiempo, para arreglar la tirada de *Cosas del año*.

EL CASCABEL, desde 1.º de Enero, y las *Cosas del año 1872*, serán muy del agrado de nuestros favorecedores.

EL CASCABEL tendrá mucha lectura, en forma que se pueda encuadernar, haciendo cada año un tomo muy elegante, y estará todo escrito por su fundador D. C. Frontaura.

A las personas que nos piden números que contienen algun capitulo de la novela *¡En el Sitio!*, debemos decir que esta ingeniosa novela se va á imprimir aparte, y la podrán adquirir apenas se termine en breve su publicacion en EL CASCABEL.

ANUNCIOS



REVISTA DE EDUCACION Y RECREO

DIRIGIDA POR

Don Carlos Frontaura

Se han publicado tres tomos, y está terminando la publicacion del 4.º

Salen tres números al mes, impresos en magnífico papel, con profusion de bellos grabados.

En los tomos publicados aparecen las firmas de los hombres más eminentes de España.

Precios: en Madrid 12 rs. trimestre, 22 semestre y 40 año; en provincias 15, 28 y 50 respectivamente.

Los tomos publicados se venden á 24 rs. en Madrid y 30 en provincias. Dirigir los pedidos de Madrid y provincias á la Administracion, plaza de Matute, 2.

A todo el que se suscriba se le regalá el magnífico **ALMANAQUE DE LOS NIÑOS PARA 1872** que contiene 26 láminas y una comedia para los niños.

Los suscritores de provincias deben enviar un sello más por el porte del Almanaque.

CALZADO DE LAS FAMILIAS.

ZAPATERÍA DE SANZ

Calle de Latoneros, 12, (frente á la Cruz de Puerta Cerrada.)

El dueño de este acreditado establecimiento ha resuelto hacer una gran rebaja en los precios de toda clase de calzado, tanto de señora como de caballero, sin desatender por ello la buena calidad de la obra, su finura y elegancia.

Calzado para señora.

Botas lisas de rusel desde	18 rs. en adelante.
Botas polonesas, de rusel, con puntera de charol, desde	24 rs. id.
Botas fuertes, de chagrín legítimo, desde	26 rs. id.
Botas polonesas, de rusel, con puntera de charol, y adornadas, desde	28 rs. id.
Betas de color, llamadas de Pan y Toros (última novedad).	30 rs.

Calzado para caballero.

Botinas de chagrín, desde	40 rs. en adelante.
Botinas de chagrín con puntera, de doble suela, desde	46 rs. id.
Botinas de becerro mate, desde	46 rs. id.
Botinas de charol, con cañas de satén ó de chagrín, desde	48 rs. id.
Botinas de becerro frances, desde	48 rs. id.
Botinas de becerro frances, de doble suela, desde	50 rs. id.

Calzado para niños.

Hay una gran variedad de clases de calzado, para niñas y niños, á precios reducidos.

NOTA. Se hace toda clase de calzado á la medida, y segun el capricho y necesidades de las personas que favorezcan este establecimiento, con un pequeño aumento de precio.—Tambien encontrarán un variado surtido en zapatillas de invierno y en zapatos de rusel y de cabra, para señora.

EL ALBUM DEL PIANISTA.

Un cuaderno de veinticuatro páginas en cuarto, que contiene:
 Dos walses, titulados: *La cispera de San Pedro*.—Biarritz.
 Dos polkas: *La original*.—Avelina.
 Dos polkas mazurcas: *El campanólogo*.—*La Commune*.
 Dos schotis: *El simpático Ricardo*.—*El ángel*.
 Dos danzas habaneras: *Lo que V. guste*.—*Un suspiro de amor*.
 Una jota: *La Pamplonesa*.
 Tanda de lanceros: *El recuerdo*.
 Se vende á 6 reales en la Administracion de EL CASCABEL y LOS NIÑOS, plaza de Matute, núm. 2, Madrid.

PASTA PECTORAL DEL DR. ANDREU,

remedio seguro para todos los que padecen de **TOS** catarrós, ronqueras, bronquitis, asma y demas afecciones de pecho agudas ó crónicas, facilitando en todos casos la expectoracion. **TOS**

Es el medicamento más cómodo y agradable que se conoce, y sus resultados son tan positivos, que á las primeras tomas el enfermo siente ya un gran alivio que le sorprende y anima.

Vale 8 rs. caja en toda España.

Depósito central, Farmacia del Dr. Andreu, Barcelona.—En Madrid, el doctor Simon.—Sevilla, Lopez Blesa.—Valencia, Dr. Aliño.—Zaragoza, Mirret.—Valladolid, Ramon H. Huerta.—Pamplona, Dr. Gil y Colmenares.—Logroño, Zardoya.—Málaga, Prolongo.—Córdoba, Cerrillo.—Cádiz, Farmacia de las Columnas.—Jerez, Ortega.—Bilbao, Pinedo.—Cartagena, Rizo.—Santander, Marañon.—Santiago, Blanco Navarrete.—La Coruña, Villar.—Vigo, Fernandez Varela.—Ferrol, Galan.—Gijon, Rodriguez San Pedro.—Ciudad-Real, Obon.—Alicante, Bellido.—Las Palmas (Canarias), Alsina.—Oviedo, Diaz Argüelles.—Alcoy, Giner.—Barbastro, Cervero.—Ubeda, D. José de la Peña.—Murcia, Quegles.—Castellon, Fabregat.—Palencia, Fuentes é hijo.—Almería, Lopez.—Palma de Mallorca, Bestar.—Mahon, Sitjas.—Ibiza Cardona y demas principales Farmacias de España. Véanse los anuncios

En la citada farmacia del señor Andreu se despachan tambien los conocidos y benéficos medicamentos del Doctor Ricord.

AGENCIA GENERAL

para matrimonios, dispensas é impresos. Nada como la Agencia primitiva, especial y sin rival, Atocha, 25.

FLORISTA

Calle del Olivar, núm. 38, bajo.

Doña Mercedes Pavon, florista, que da lecciones para fuera y para su casa. Es buena maestra para fiuro, y se encarga de hacer toda clase de flores.

ESPECIALISTA.

Se curan los ojos sin quemar ni operar. Veintidos años de clinica en las capitales de Europa. Gratis á los pobres de 9 á 10. Plaza de Santa Ana, 12, principal.

CURADOS EN MADRID.

Doña Maria Nuñez, Mira el Rio Alta, núm. 5, segundo interior, ciega.
 Doña Carmen Cruzet, ambliopia, y D. Ramon Barbero, 22 años de granulación y nubes, casi ciego. Paseo del Obelisco, 2, principal.
 La niña Casilda Legrero, San Juan, 54, patio; ojo izquierdo casi seco en el fondo de la órbita.
 La niña Consuelo Valverde, Alcalá, 40, piso cuarto núm. 25, ciega de nacimiento.

MADRID.—1871.

IMPRENTA, CALLE DEL CID, 4. (BARRIO DE RECOLETOS.)